

La hermosura  
del cutis solo  
se consigue con

**Hamamelis Milk**

El mejor producto para cu-  
rar y evitar la irritación,  
granos, grietas y cortes,  
borradura, etc., etc.

**Dr. G. WEKER - LIVERPOOL**

Pedirlo en todas  
las perfumerías

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 10

25 cts.



**EL HÁBITO**

por  
**Mildred Harris**

Filmoteca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A

BARCELONA

AÑO II

N.º X

---

---

**EL HÁBITO**

Extracto del argumento de la película de dicho título, basada en la célebre obra de TOM BARRY. Adaptada á la escena por MADGE TYRONE

PROTAGONISTA: MILDRED HARRIS

CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS S. A.

Paseo de Gracia, 56. - BARCELONA.

\*\*\*\*\*

*Las cadenas del hábito son al principio tan imperceptibles que sólo las sentimos cuando ya no tenemos fuerza para romperlas.— Doctor JOHNSON.*

*El hombre es arrastrado por la fuerza de la costumbre con la misma inmutable fuerza con que las aguas del río van arrastradas hacia el mar.— HOOPEE.*

El Hábito es un espectro que vive entre nosotros y con todos nosotros, en muy variadas formas.

Cuando el Hábito se presenta á alguien, le dice:

«Yo soy la costumbre y entro en la vida de cada hombre desde que nace y no lo abandono hasta que muere».

En efecto, el espectro aparece ante la cuna del recién llegado al mundo, se filtra en su espíritu para dejar en él el germen del hábito que le corresponde por su nacimiento, y asiste con la misma impasibilidad á la agonía del anciano moribundo.

El Hábito es el Hado maligno que de igual modo conduce al más humillante suplicio, y... al crimen más horrendo.

Para demostrar el extremo á que puede conducir un hábito, imaginemos á un conductor de tren, ídolo del alcohol, completamente ebrio mientras guía su vehículo gigante. El fogonero le hace observar que mucho le valiera acabar con las cartas y el vino por considerar que son los peores hábitos que puede tener un hombre. Mas el conductor no admite consejos y un día recibe un castigo tremendo en la carbonización de su cuerpo en la misma hoguera de su máquina que, por culpa de sus vicios, ha chocado con otra locomotora que venía en sentido contrario al de la suya.

Entre el humo sofocante surge el fantasma del Hábito que se rie con cinismo.

—¡Otra víctima—grita—vamos por otras!

Con este ejemplo, trágico, empieza el argumento del drama.

Joven, bella, esmeradamente educada, Irene Fletcher, huérfana de madre desde muy niña, adorada por su padre que sólo veía por los

ojos de su hija, era una víctima del hábito del lujo y de la ostentación.

Los espejos de sus habitaciones hubieran podido dar algunos detalles del empleo exagerado que la muñeca llena de serrín de coquetería hacía de ellos. Cuando no pasaba las horas en contemplación de sus lindos cabellos rubios, lo hacía con la prueba de nuevos vestidos, confeccionados todos ellos para determinados días, determinadas ocasiones y determinados motivos.

Hasta el perro de Irene tenía un hábito: se levantaba tarde. Esto no tenía nada de particular porque correspondía á la opinión popular de que el perro es fiel amigo de su dueño... y por extensión buen imitador de sus costumbres.

Otra víctima del hábito era Ricardo Fletcher, padre de Irene, capaz de sacrificar su vida por satisfacer el más nimio capricho de su hija.

Una desgraciada operación financiera ponía momentáneamente en serio trance su negocio, por la inusitada depreciación del papel de su Sociedad. Era menester emplear las mejores armas frente al ataque de la adversidad caprichosa, pues la batalla había empezado ya con este primer golpe insospechado:

.....*Y nos es absolutamente imposible prorrogar el plazo de sus notas.*

*Hemos aplazado la fecha de sus vencimientos todo el tiempo que nos ha sido posible,*

*Somos de usted affmos. s. s.*

*Unión Bank et Trust Company  
Cronwell, Director.*

Mientras el padre de Irene se debatía en la

red de la ruina, que sólo podía ser evitada apelando á su reconocido crédito y reputación, aquella recibe la visita de su amiga Mary Chartres, su íntima, para la cual la vida era una bella cosa.... sobre todo con una tía rica que le pagaba las cuentas.

Las dos amigas se entendían perfectamente.

—¿Qué te trae á estas horas á mi casa, Mary?—la pregunta Irene.

—Carlitos Munson—contesta Mary—da una comida en el restaurant del León Rojo. Le dije que me encargaba de deshacer cualquier compromiso que pudieras tener...

—¡Ah!—exclama Irene—entonces vienes á invitarme de su parte. Verdaderamente, ese Carlos, el modisto mimado de Washington, es un incorregible tenorio; no le basta una mujer para presentarse en sociedad sino que necesita por lo menos dos... para que lo *saquemos á lucir*.

—No adelantes juicios, Irene—le contesta Mary—... traje á tu amiguito Juan Marshall...

—¿Está abajo Juan, has dicho?—manifiesta Irene—Siendo así tendré mayor gusto en ir á la fiesta de Carlos... Ya estoy vestida ¿vamos?

Las dos amigas se reúnen con Juan Marshall, joven arquitecto con una sola ambición: construir una casita... con Irene dentro. Esta y él se estrechan cariñosamente las manos. No cabe la menor duda de que se gustan mutuamente... pero están muy distantes el uno del otro en lo que hace referencia á la posición social, vulgo fortuna.

Poco después, Mary, Irene y Juan llegan en el auto de la primera al lugar donde el modis-

to ha convocado á sus numerosas amistades<sup>1</sup> á título de *réclame*, si se quiere llamar así a medio costoso pero eficaz y original de dar á conocer el nombre de una casa.

Carlos Munson podía permitirse semejantes liberalidades pues no era solamente una verdadera autoridad en el mundo elegante, cuyas más empujadas damas admiraban al modisto, que con su genio creador realizaba la belleza de sus líneas, sino un hombre rico.

En el restaurant del León Rojo, Carlos recibió afablemente á sus tres invitados dedicando de modo preferente su atención á Irene. Esta, complacida de su amabilidad, correspondía á ella en la mejor forma posible, mas su simpatía se dirigía al modesto arquitecto cuyas tiernas miradas tenían, desde algún tiempo á entonces, el don de que se apoderasen de ella dulces deseos de confidencias amorosas.

Una de las veces que Juan Marshall sacó á bailar á Irene, se retiraron de la resbaladiza pista para... equilibrar sus sentimientos desde una miranda que ofrecía la vista de un magnífico trozo de tierra soñado por los románticos.

Carlos y Mary los siguieron con la vista desde que se levantaron de la mesa. Aquél dijo á su amiga:

—Buen chico ese Marshall... es lástima que no esté en buena posición financiera para casarse...

—...Y no cabe duda que está enamorado de Irene—afirmó Mary.

Carlos se sonreía; quizá pensaba en su interior que hombres como Juan Marshall, obligado á un árduo trabajo para sostenerse á un ni-

vel harto moderado, casi insignificante, no eran de temer... en ciertos casos.

Mujeres como Irene, dignas de una familia de *Rodchiles*, no podían concertar una unión más que con gente de su linaje.

Juan, entretanto, renovaba sus protestas de amor á Irene.

—Pero Juan... ¿te estás declarando otra vez? —le pregunta Irene, sonriente.

—Si, nena; adorada mía—confirma Juan—; te hablaba de la pequeña casa solariega, casi la única cosa querida que me dejó mi padre... ¿No te gustaría vivir en ella?

—Tus proyectos de casas sólo producen dinero á tus clientes y no proyectas nada que te lo proporcione á ti... ¿Cómo podrías mantener á una mujer que viste siempre á la última moda?—le replica Irene.

Juan se separa de Irene al oír su respuesta á la pregunta que le había hecho poniendo en ella toda su alma enamorada. Irene, comprendiendo que ha obrado á la ligera, y deseosa de corregirse ella misma su error, se acerca á Juan, toma sus manos en las suyas y le dice con los labios en nombre de su corazón:

—Siento mucho haber lastimado tus sentimientos, Juan.... Ya sabes que realmente te aprecio.

Juan saltaba de gozo; Irene, al volver sobre sus pasos, había confesado que le quería. ¡Oh, sí! Trabajaría con más ahinco para llegar á asegurarse en breve un porvenir, aunque modesto, de insuperable dulzura al lado de su Irene. Mas no pudieron ni Juan ni Irene seguir construyendo castillos en el aire, cuya tarea, ade-

más de fácil, transforma el mundo en un edén donde todo tiene el perfume y el color de la rosa, porque Mary se presentaba á ellos anunciándoles que Carlos iba á partir y que ellos debían hacer lo mismo.

Juan fué á buscar su sombrero á la guarderropía del hotel y mientras eso estaba hacien-



—Pero Juan... ¿te estás declarando otra vez?

do, Mary é Irene salían á la calle donde Carlos, en su nuevo auto, las estaba esperando. Al ver á Irene la invitó, previo un elocuente guiño á Mary, á que subiera en el coche y lo probara. Irene no vió en la oferta de Carlos más que una galantería del mundano; subió, pues, en el coche y se sentó á su lado para tomar el volante cuando fuera preciso. Irene

confiaba que Mary subiría también en el auto y que esperarían á Juan para partir juntos, conforme habian llegado los tres. Su extrañeza fué, pues, motivo para recriminar severamente á Carlos cuando se vió transportada á una velocidad vertiginosa á un lugar apartado de la ciudad en el que se detuvo el auto.

—¿Ha habido una avería en el motor?—inquire Irene á Carlos.

—No, el motor no tiene nada....— contesta el modisto —....pero es un sitio maravillosamente bello para declararse á una mujer maravillosamente bella...

—No se chancee usted de mí, Carlos, por encima de la bromita que acaba de gastarme así como á mis amigos....

—Se lo juro, Irene.... Ya sé que usted cree que soy un vulgar tenorio, pero hablo en serio *cuando se trata de usted.*

—Usted dice lo mismo á todas las mujeres con que usted tropieza. Lléveme á casa inmediatamente.

Irene se habia puesto muy seria y su contestación categórica no admitía réplica; Carlos no podía hacer otra cosa mejor en aquella ocasión que obedecer á Irene y desear poder demostrar más tarde á tan linda criatura que sus sentimientos contenian una pureza jamás habida en ellos para otras mujeres.

Mary y Juan por su parte, y en el auto de aquella, se dirigieron hacia la casa de Irene pues Juan, sorprendido de la precipitada fuga del auto de Carlos en el que ella iba, queria comprobar, para su tranquilidad, que Irene habia regresado ya á aquella.

Algunos instantes después Irene, llegada á su casa, se despedía de Carlos, menos severa que antes, sonriéndole inclusive y dispensándole, coqueta, su «broma» de tenorio.

El padre de Irene la llamó á su presencia y, enseñándole unas facturas, la dijo, agobiado á la idea de la pena que iba á producirla:

—Tienes que suprimir todas esas cuentas de modistas, sombreros, perfumistas, etcétera.... Estoy al borde de una crisis financiera....

—Siempre he tenido la costumbre de que pongan en cuenta lo que compro.... Pero si tú me aumentas en dos mil duros lo que me das para pequeños gastos, no te enviarán mis facturas....—contesta Irene.

—Ya sabes, hija mia, que si pudiera te daría la luna....

—Si, pero antes que la luna desearía tener un nuevo coche.

—Irene, hija mía—prosigue el padre,—los dos somos víctimas de un mal hábito; el tuyo consiste en enamorarte de todo lo que ves, y el mío en darte todo lo que deseas. Hemos llegado al límite.... Ya no podemos por más tiempo vivir en un palacio de dorado esplendor.... Tienes que cancelar el pedido del nuevo automóvil.... Tienes que pasarte sin el collar de perlas.... Tienes que renunciar á los gastos superfluos....

Irene está nerviosa ante la negativa de su padre. En ese mismo instante se hace sentir el espectro del hábito, el cual la dice, estimulándola á la rebelión:

—¡El tiene la culpa, no tú! Desde muy niña te ha dado todo lo que has pedido acostum-

brándote al lujo y al despilfarro. Ahora estás habituada á ello. Díselo.

Obedeciendo á la orden del Hado maligno, Irene contesta á su padre:

—Tuya es la culpa y no mía. Desde muy niña me has dado todo lo que he deseado.... Ahora estoy acostumbrada á ello.... No puedes repentinamente privarme de las cosas que más quiero....

El espectro sigue aconsejándola; Irene, cada vez más exaltada, combate á su padre:

—Tú colocaste una cucharilla de oro en mi boca cuando nací. Tú me vestiste de sedas y rasos cuando era demasiado niña para comprender lo que valían.... Pero ahora que si lo sé, no puedes quitármelo.... ¡No puedes!

—Irene, hija mía, ¿por qué me hablas así? gime el padre.

Irene no le atiende y, enojada, cierra violentamente la puerta del despacho, desapareciendo seguida del espectro infernal cuya ironía es inmundada.

En su rápida desaparición, Irene da un traspié al subir la escalera que había de conducirla á sus habitaciones, y cae rodando desde lo alto de la misma; los mármorosos peldaños magullan su delicado cuerpo. Se desmaya.

Los criados y su padre han acudido al ruido de la caída de Irene y la transportan á su cama. Su padre, emocionado, vé aumentadas sus preocupaciones con este doloroso accidente ocurrido á su hija, su mayor tesoro, y manda llamar al doctor con urgencia.

\*  
\*\*

La caída no había sido, afortunadamente, grave. Después de dos días de cama, Irene pudo levantarse; ya llevaba un día de convalecencia, la cual le servía de descanso en su vida ajetreada.

Cada mañana, apenas despertada, Irene recibía dos tarjetas: una de Carlos, el conquistador; la otra de Juan. Las últimas decían:

*“Con la más sincera simpatía y el más respetuoso amor de*

*Carlos.”*

*“Ni duermo ni como pensando en lo que debes sufrir ¡Por Dios! ponte buena para salvar mi vida*

*Juan.”*

Irene equilibró las dos misivas: la balanza del amor osciló en favor de Juan. Era éste el que, sin la menor duda, ocupaba el corazón de la vanidosa.

No pudiendo soportar el encierro á que la había sometido rigurosamente el doctor, Irene intentó consolarse poniéndose, por teléfono, al habla con Juan, su apasionado pretendiente.... su novio como dirían las demás mujeres.

—¿Eres tú, Juanito?.... Sí, soy.... ¡ah! ¿ya me has conocido?.... pues sí, soy yo.... Mira, ese carcamal de médico me ha dicho que no podría estar levantada para mi fiesta de cumpleaños de esta noche á menos que descansara todo el día. No puedo, pues, moverme de mi habitación.... ¡Qué rabia me da esto!.—le dice Irene.

—No te quedes encerrada en casa.... sal un

rato conmigo y yo seré tu doctor—la contesta Juan.

—Si me vieran salir.... con el geniecito del Doctor.... no me atrevo Juanito....

—Asegúrate la complicidad de tu doncella y déjala de guardia en tu cuarto. Anda, vidita, ven, te espero con impaciencia; no sabes cuan largos han sido para mí esos tres días de separación. He sufrido mucho....

—¿De veras, Juanito? Habrás rogado por mí ¿no?

—Rogar es poco, nena.... he ofrecido mi vida por la tuya....

—Pues si Dios te pidiera ahora la cuenta....

—El no haría eso porque sabe que nos queremos mucho y El no hace cosas desagradables.... ¡Ea, decidete!

—Sí, ya me convenciste; lo arriesgaré todo; en último extremo.... entre los dos «maniataríamos» al doctor para que no me impidiera presidir la fiesta que papá da en mi honor esta noche.

—No te apures; lo mataremos si es preciso, pero ven aprisa, ansío, ¡ay, si supieras lo que ansío confesarte!....

—Qué.... dímelo.

—Ven, curiosa, corre, vuela, ¡no vivo!

Aquí cesó la conversación. Irene presurosa y con cautela salió de su casa hacia el lugar donde sabía hallaría á Juan.

Entretanto, el padre de Irene y Carlos estaban hablando en el despacho del primero. De pronto, la plática cambió de tema y el padre de Irene dijo á Carlos:

—Mis asuntos económicos están en una si-

tuación aterradora, Carlos.... y como hijo de mi más antiguo amigo, te he mandado llamar.

—Estoy á sus órdenes, señor mío.

El padre de Irene lo puso al corriente de la crisis aterradora y de los escasos medios propios de que disponía para hacer frente á lo imprevisto. Carlos comprendió lo que se esperaba de él y lo que podría alcanzar complaciendo al mejor amigo de su difunto padre. Amablemente notificó á aquél:

—Ni una palabra más, mi querido Don Ricardo; voy á ver á mi Banquero y arreglar los trámites para depositar cincuenta mil dólares á su crédito, mañana por la mañana.

—¡Oh!, gracias, Carlos; no me equivoqué cuando se me ocurrió la idea de que tú me ayudarías á salir de este apuro.

Carlos disponíase á marcharse y ya en el umbral de la puerta del despacho retrocedió; una excelente combinación había acudido á su espíritu... comerciante ante todo. Enteró de ella al padre de Irene expresándose en los siguientes términos:

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo.... ¿Pondría usted objeciones á entrar en una relación más estrecha?

—¿Objeciones? ¿De qué se trata Carlos?....

—Quiero decir que mi ilusión es casarme con su hija.

—Hombre, no esperaba tal declaración de tí, por cierto; sin embargo, yo no quito ni pongo rey en este asunto: Irene debe escoger marido por sí misma, Carlos....

—No obstante....

—Pero ten la seguridad de que no hay nadie á

quien yo confiara el futuro de mi hija con preferencia á tí, y que pondré en juego mi influencia en tu favor.

—Muchas gracias; eso, era eso lo que yo quise decir.... Hasta luego Don Ricardo.

—Hasta la noche, Carlos no faltes á la fiesta.

—Descuide usted.... por la cuenta que me tiene....

En efecto, aquella noche se celebraba la fiesta del cumpleaños de Irene y no faltaba en el banquete el tradicional pastel de ritual.

Como le correspondía, Irene partió el pastel y, después de repartido, dijo á sus invitados:

—Busquen con cuidado en su trozo de pastel.... Según la vieja leyenda, el dedal pronostica á la que lo halle que se quedará para vestir Santos.... El botón predice una soltería eterna al varón que lo encuentre y, por último, el anillo significa una boda feliz para siempre jamás.

Puede suponerse el afán puesto por los comensales en destrozarse su parte de pastel. Una linda joven halló en la suya el dedal:

—¡Oh, Dios mio! ¡Yo voy á ser una solterona!

El caballero de su derecha contestó, galante:

—De ninguna manera, querida amiga, mientras yo pueda prevenirlo.

Luego, ante el asombro de todos, Irene halló en su trozo de pastel el anillo de la felicidad. Uno de los jóvenes propuso un brindis:

—¡Brindemos por la futura novia!.... pero, ¿dónde está el novio?

Los que estaban por merecer se miraron uno á uno para descubrir al afortunado. Juan estaba impasible; Carlos por el contrario, se atusaba los bigotes, erguía su cabeza cual si con ello quisiera indicar que él era el futuro esposo.

En medio de un gran silencio, preñado de curiosidad, Irene se abrazó á Juan y éste confesó á los presentes:

—Les teníamos reservada una sorpresa.... ¡Hoy, Irene y yo nos hemos casado!

Los atronadores aplausos de sus amistades acallaron las exclamaciones de los decepcionados. Carlos quedó petrificado. El padre de Irene, lejos de recriminar el proceder de su hija, la felicitó así como á Juan por su unión, deseándoles mucha felicidad. Su alegría de padre se vió de todos modos nublada por la contemplación del desairado Carlos, pálido de cólera. Mientras los demás invitados festejaban bulliciosamente á los novios, Don Ricardo se dirigió acompañado de Carlos á su despacho y una vez en él, éste le habló de esta forma:

—¿Es así cómo pone usted en juego su influencia en mi favor?

—Carlos, yo mismo ignoraba los sentimientos de mi hija y desconocía por completo su idea de casamiento....

—Irene me ha despreciado, sí señor; yo la declaré mis deseos de hacerla mi esposa, se rió entonces y ha vuelto á reírse de nuevo ahora delante de todos.

—¡Pero Carlos, cómo supones así á Irene!

—Nada, nada; he quedado en ridículo, en es-



*Don Ricardo se había suicidado...*

pantoso ridículo. En definitiva; ese pequeño trato de que habíamos hablado; queda sin efecto... Después de lo ocurrido no puedo presarle mi ayuda.

—¡Sin tu ayuda, mañana estaré arruinado!

—No es culpa mía si usted no ha sabido mantener su promesa.

—Pero Carlos, hijo mío... Piensa en lo que eso significa para mí... para Irene, cuya felicidad tanto te interesaba.

—Lo dicho queda en pie.... No cuente usted conmigo.

Con esta negativa rotunda, Carlos salió del despacho de Don Ricardo y volvió al salón donde seguía la fiesta.

De súbito, se oyó un disparo de arma de fuego. Acudieron todos hacia el lugar de la detonación. Carlos presintió una terrible catástrofe de la que se sentía culpable y acertó: Don Ricardo se había suicidado para evitarse la terrible afrenta de no hacer honor á su firma por la que se comprometiera á pagar, al día siguiente, una importante suma.

Así terminó la fiesta del cumpleaños de Irene y al propio tiempo de sus esponsales.

El culpable fingía participar de la consternación general. El secreto de su innoble proceder se lo llevaba á la tumba el desdichado suicida.

\* \* \*

*La pena pasa con el tiempo.  
El amor reconstruye nuestra felicidad.*

Han pasado algunos meses.

Irene y Juan viven felices en la casa solarie-

ga, única herencia de los padres de éste, situada á corta distancia de la capital.

Cierta mañana Irene estaba ocupada en la lectura de revistas de moda. Sus ojos se extasiaban ante las nuevas creaciones de los célebres modistos y revivía momentos lejanos de su vida de esplendor. ¡Qué remotos eran aquellos tiempos de sedas y rasos para su cuerpo, y todo cuánto pudiera desear para diversión de su espíritu!

¿Amenazaban los viejos hábitos de lujo destruir la nueva felicidad ó no era sino el deseo de bellas cosas que es inherente al corazón de toda mujer?

Si, era eso; un recuerdo de mujer que, teniéndolo todo, pide más, siempre más.

Juan la sustrajo á sus cavilaciones extemporáneas. Había acabado en aquel instante la construcción de su proyecto de casas baratas. Satisfecho de si mismo y vislumbrando un porvenir brillante, anunció á su querida esposa:

—Mañana saldré para Washington. Si la Compañía de Construcciones aprueba el modelo, tendré el encargo de construir doscientas casas como ésta.

—Piensa tan solo—decíale Irene, saltando de gozo—en lo que ese contrato de que hablas significaría.... ¡un automóvil, bonitos trajes, un piso en la ciudad.... toda la felicidad de mis primeros años!

Juan comprobaba que su Irene tenía aún acometidas del vicio de la ostentación. ¡Qué no haría él por complacerla, no obstante!

—Ten todavía un poco de paciencia, mujercita. Pronto podré darte todas esas cosas por

las que suspiras. ¿No sabes que todos mis esfuerzos son para tí?

—Si, Juan; tú eres un hombre modelo, mi bien.

La noche los halló recogidos junto al fuego del hogar.

Irene, enamorada de su buen esposo, le recreaba los oídos cantándole la delicada serenata de Schubert:

*Ya la noche con su manto  
Todo lo cubrió  
Sal bien mío que el que canta  
Siempre te adoró.*

¡Qué dulce es la vida del hogar cuando dos se aman. ¡Irene y Juan, indiscutiblemente, no formaban más que un solo ser en esos momentos en que la majestad del silencio abre los corazones al amor.

Nació el nuevo día y con él las nuevas esperanzas.

Juan, después de haber escuchado las postreras recomendaciones y advertencias de su esposa, partió hacia Washington, quedando en volver á su casita dentro de dos días, el miércoles á las 8 de la mañana, para desayunar con su mujercita.

En Washington, le ocurrió un accidente á Juan: al ir á atravesar el arroyo un automóvil estuvo á punto de atropellarle; el chauffeur pudo desviar á tiempo el coche mas no lo bastante para evitar á Juan el recibir un fuerte golpe que lo desplomó al suelo sin sentidos. Fue trasladado al hospital.

Los empleados del benéfico establecimiento desnudaron á Juan, lo metieron en una cama

limpia como la nieve, y buscaron en sus bolsillos su documentación mientras llegaba el Doctor.

¡Qué caso más extraño—exclamaron— No hay ningún detalle en que pueda basarse su identidad.

La enfermera preguntó al galeno:

—¿No hay esperanza Doctor?

—La visión de un pequeño hábito de su vida diaria podría determinar el retorno á la memoria—contestó el aludido—Es éste un caso de amnesia muy parecido al que se repitió tan á menudo en los soldados de la gran guerra....

La piadosa enfermera se imaginaba la inquietud de la familia del pobre herido que había perdido por completo la memoria.

Y llegaron las ocho de la mañana del miércoles. Irene se había levantado muy temprano para preparar un apetitoso chocolate para su maridito. Por una rara casualidad, Mary, que había aceptado trasladarse á la casa solariega de Irene durante la ausencia de Juan, se había levantado poco después de su amiga. No era partidaria del refrán que dice: «á quien madruga Dios le ayuda».... porque solía siempre contestar con estotro «No por mucho madrugar amanece más temprano».

Tampoco comprendía Mary la impaciencia de Irene por la tardanza de Juan: De pronto, llamaron á la puerta:

—¡Ya está él aquí!—gritó Irene.

Esta se arregló un poco delante del espejo y fué á abrir.

¡Era el chico de la vecina!

—Aquí tiene usted su gato.... Ha estado to-

da la mañana asustando á su perro.... la dijo.

Mary se rió del gesto de disgusto que hizo Irene al no ver aparecer á Juan. Y la manifestó:

—Cualquiera diría que estabas esperando la llegada de un collar de brillantes en vez de un vulgar marido....

—Ya sabes Mary que esos collares ya no son para mí... pero cónstete que no es queja... nos queremos y eso basta.

Después de tres días de angustiosa espera Mary, que continuaba viviendo con Irene, volvía de Washington acompañada de Carlos, que se interesaba por la suerte de Irene... y de su marido.

—Hemos telegrafiado á todos los hoteles de Washington y en ninguno está registrado—la notificaron ambos.

Irene, desconsolada y temerosa de que le hubiera sucedido algún contratiempo á su esposo, dijo:

—Para que no haya lugar á dudas, yo misma iré á Washington y haré lo imposible para dar con él.

Carlos intervino:

—Esa es una misión impropia para una mujer... Lo mejor será que vaya yo.

Era necesario mirar en las notas de la Policía, buscar en los hospitales, moverse en fin, de un lado para otro.

Carlos se encargaba, voluntariamente, de hacer las averiguaciones pertinentes al caso sorprendente.

\*  
\*\*

El resultado de las pesquisas de Carlos fué positivo. Conducido á presencia de Juan, éste no le reconoció ni le prestó la menor atención. La enfermera, que compadecía sinceramente su desventura preguntó á aquél con insistencia:

—¿Es éste el caballero que usted buscaba?

Una idea villana dictó á Carlos esta respuesta:

—He cometido un error.... El parecido es asombroso... pero este hombre *no* es el que busco.

De regreso á la casa solariega, la araña tejía su tela de mentiras.

—¡Nada! Igual que si se lo hubiera tragado la tierra.—dijo á las dos mujeres.

Además, preguntó á Irene, con misterio:

—¿Sabía Juan que el padre de usted estaba arruinado aquella tarde de su cumpleaños?

Irene iba á repeler la ofensa que se hacía á su esposo mas Carlos la detuvo en su intento:

—¡Perdóneme...!—suplicó—Solamente trataba de resolver un problema.... Si cualquiera otra vez desea usted algo de mí, sepa que no tiene usted más que mandar.

Y se fué.

Irene consultó á su amiga:

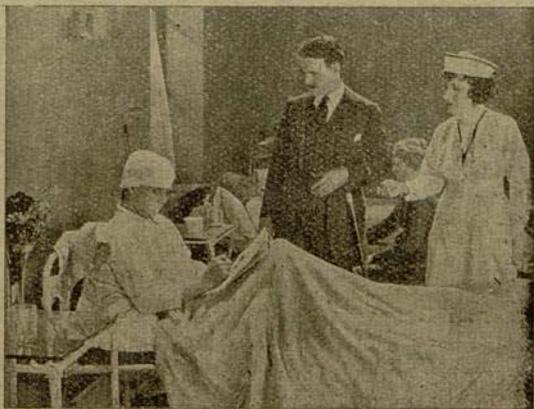
—Mary, por favor.... Dime ¿crees que puede haber el menor asomo de verdad en sus mal-ditas insinuaciones?

La confirmación de éstas por Mary, arrojó á Irene á un abismo sin fondo.

Pasaron algunos días. Ni la misma tragedia

pudo borrar el recuerdo de otros días y de otra clase de vida. Mary influía en Irene para devolverla al mundo elegante. Una vez, con motivo de la nueva exposición de los últimos modelos de Carlos, Mary fué á entregarle una invitación de parte de éste.

—No, Mary.... No puedo ir á esa exposición



—...este no es el que busco...

—dijo Irene—Sea lo que sea, no quiero abandonar mi casa desde que.... desde que Juan....

—Irene, amiga mia, tienes que hacerte á la idea de ir en busca de la felicidad. No olvides que todo un mundo de alegría y bienestar te espera todavía con los brazos abiertos. Además, en lo más íntimo de tu corazón no tienes más remedio que pensar lo que todos damos

por seguro: *que Juan te ha abandonado.*

El dolor de Irene fué vencido por la visión de lo que tanto le atraía: el hábito empuñaba de nuevo el cetro en su cerebro. Desde luego, Irene asistió á la exposición y fué tal el derroche de lujosos vestidos que en ella se hizo, que renació en su espíritu el deseo de lucir tan ricas prendas. Mary comprendió lo que le sucedía á Irene y, autorizada á ello por Carlos, siempre al acecho, la aconsejaba se comprara algún vestido.

Á la exclamación de Irene: «No tengo dinero», Carlos, oportuno, contesta:

—Tarde ó temprano, los asuntos de su difunto padre quedarán arreglados. Hasta entonces déjeme á mi el cuidado de preocuparse de las facturas.

Irene supuso que la oferta de Carlos era caballerosa, toda vez que se trataba de un anticipo sobre la liquidación de los intereses de su pobre padre, y aceptó.

Con el transcurso del tiempo vinieron los antiguos hábitos, grado por grado. Y la joven, incapaz de resistirlos, no se privaba de ningún capricho. Todo se reducía á *cargar o en cuenta.*

Carlos, cada día más obsequioso referente á Irene, la escribe una carta, que dice así:

*“Querida amiga Irene; Sólo unas líneas para recordarle que estoy preparando una espléndida fiesta de cumpleaños en su honor. No sabe usted con la impaciencia que esperó la hora en que venga usted á vivir á la ciudad. Me complazco en manifestarle que las acciones que compré en su nombre están subiendo como la espuma. Espero que los nuevos trajes le habrán*

*gustado. Dispense el envío de la factura mandada por error.*

*Siempre suyo—Carlos.*

Entretanto, en el hospital donde se halla Juan, ocurren cosas importantes. La herida de la cabeza está cicatrizada casi por completo, pero su cerebro continúa en el mismo estado de amnesia. Se pasa los días dibujando en su carnet.

Al lado de Juan se halla un anciano enfermo de cierta gravedad. Su esposa no se ha separado nunca de la cabecera del enfermo. Para complacerle en sus deseos de oírla cantar, la anciana canturrea muy bajito una canción, la canción de los enamorados, la que ellos cantaban cuando, ¡oh, tiempos lejanos!, eran novios, la misma serenata de Schubert que Irene solía cantar á Juan:

*Ya la noche con su manto*

*Todo lo cubrió*

*Sal bien mio que el que canta*

*Siempre te adoró*

Repentinamente, Juan lanza un grito: la luz ha vuelto á su cerebro. La canción, el hábito de su vida diaria pronosticado por el doctor, le devolvía á la realidad. Atropelladamente, Juan preguntaba:

—¿En qué día estamos? ¿Cuántos días he estado aquí? ¡Cómo! ¿El 22 de Septiembre? Mañana será el cumpleaños de mi mujer, el primer aniversario de nuestra boda... ¿Qué pensaré Irene de mí? Tengo que telegrafiarla inmediatamente.

Sin atender á mayores razones que á sus deseos de enterar á Irene de su curación y reu-

nirse luego con ella, Juan sale con febril precipitación del hospital.

\*  
\*\*

— Á la mañana siguiente, Mary é Irene, acompañadas de Carlos, se dirigen hacia la casa de éste, donde, como convenido, deben celebrar una fiesta íntima en honor de Irene, con motivo de su cumpleaños. En camino de aquella, Mary se siente indispuesta y se despide de sus amigos para marcharse á su casa, tomar unas píldoras especiales para su mal, y reunirse luego con ellos en casa del modisto. Irene y Carlos llegan pues, solos, á la mansión de éste... y como Mary no llega empiezan la fiesta... solos.

Durante este tiempo, Juan llega á la casa solariega—cerrada—en la cual penetra por la ventana. ¡La casa está vacía! El desorden en el mobiliario y los montones de ropas—finas—esparcidas por el suelo llaman poderosamente su atención. ¿Qué significa todo aquello? La carta enviada por Carlos á Irene, olvidada sobre una mesita, le revela la terrible verdad y emprende de nuevo el regreso á la ciudad, temblando de cólera y celos.

Mientras tanto, en casa de Carlos, lo imprevisto por Irene y hartó bien preparado por él, era una realidad. El poco escrupuloso tenorio había dado las oportunas ordenes á sus criados para que lo dejaran solo y que uno de ellos vigilara la puerta de su piso.

Carlos se aprovechaba de su soledad con Irene y, como quiera que lo que pedía de ella

de buen grado al principio, le era denegado rotundamente, se lo tomaba... á la fuerza. Irene se defendía, mas Carlos, ebrio, la recriminó de este modo:

—¡No intentes jugar conmigo! Tú sabes muy bien á lo que has venido... No te hagas la inocente. Tú sabías perfectamente que tu padre murió arruinado, más pobre que una rata.... ¿Quién ha pagado ese mismo vestido que llevas puesto? ¿No lo sabes? ¡He sido yo!

—Es usted un miserable...—gritó Irene consternada.

—¿Miserable, yo? Y tú, ¿qué eres? ¡Contéplate! Todo lo que llevas encima es mío... y lo has aceptado. Ha llegado el momento de que ajustemos la cuenta.

—Mary, Mary, ¿por qué no vienes en mi ayuda?—sollozó Irene.

—No te preocupes, Mary no volverá esta noche... He dado mis instrucciones al *chauffeur*...

Carlos había aprisionado entre sus brazos el cuerpo vencido de Irene; iba á realizar su bajo propósito cuando apareció Juan, que para ello tuvo que vencer por dos veces la oposición del fiel criado de Carlos. Irene se arroja á los brazos de Juan que la rechaza para castigar al infame.

Los dos hombres entablan una horrible lucha sin palabras. Irene está loca de terror. A pesar de sus furiosos deseos de venganza, Juan á causa de la debilidad producida por su herida en la cabeza, es vencido por Carlos y su situación es por demás crítica. Irene, á la vista del tremendo peligro que amenaza á su

esposo, tiene una idea criminal que realiza hundiendo hasta la cruz un puñal, tomado de encima la mesa-escritorio de Carlos, en la espalda de este malvado cuyo cuerpo cae pesadamente al suelo.

La policía, avisada por el criado, procede á la detención de Juan que aquél señala como el



*Irene, á la vista del tremendo peligro...*

asesino de Carlos, cuya acriminación Juan acepta á pesar de las protestas de Irene, que en su desespero repite á Juan:

—Te juro que sólo te he querido á tí... Que no he sido mala....

Todo es vano ante la justicia: Juan es llevado por la policía.

Presa de violento arranque de remordimien-

to, Irene solloza lágrimas de sangre.... y despierta en su mullida cama rodeada de su padre, de Mary, de Juan y de los criados. ¡Ha delirado!!

—Papá eres tú..... ¡ay, papaito mío! ¡qué muerto estabas para mí! Y tú, Mary, ¿no estabas enferma? ¡Qué pesadilla Dios mío! Oh, Juan esposo mío, ¡cuánto has debido sufrir!

Irene se aseguraba de que los seres que veía eran reales. Abrazaba á su padre con efusión y besaba apasionadamente á Juan—al que seguía tomando por su marido—lo cual no causaba la menor molestia ¡por supuesto! al galán y sí asombro á los demás, ¡claro!

Don Ricardo enteró á su hija de que ha estado más de veinte minutos en agitado sueño, desde su caída de lo alto de la escalera, cuando salió disgustada de su despacho por la advertencia de reducir gastos que le había hecho por unos días solamente.

Irene lo comprendió todo pero, sin embargo, la aparición de Carlos, que se había enterado de lo ocurrido al llegar á su casa, y acudido á verla, la causó un gran espanto. El modisto, además de la ducha fría con que se le recibe, tiene que presenciar la escenita de Irene y Juan.

Al fin llegó el Doctor que se excusa por llegar retrasado.

—He sufrido una avería en mi coche cuando venía hacia aquí—expone—Espero que no he llegado tarde.

Irene le contesta:

—Sí, Doctor; ha llegado usted demasiado tarde. No es su ciencia lo que yo deseo: es la

ciencia de la voluntad, ese buen amigo que todos necesitamos para combatir á nuestro enemigo común ¡EL HÁBITO!

Juan, dulcemente, ruega á Irene:

—Cuéntame el resto del sueño.... la parte en que yo era tu marido....

Durante el amoroso relato, Carlos pedía que se lo tragara la tierra.



*...Irene se aseguraba de que los seres que veía eran reales.*

¡Bonito papel el suyo!  
Y como en el sueño de Irene, Juan se casó con ella, realizando el sueño dorado de su vida.  
¡Ah! Y fueron muy felices.... y Juan no fué nunca solo á Washington ¡por si acaso!

FIN

## NUMEROS PUBLICADOS

Número	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (II edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd

24

### Próximo número:

La novela-film de alto interés:

## JIMMY SANSOM, EL AVENTURERO

POSTAL-FOTOGRAFIA:

### CONSTANCE TALMADGE

Precio: 25 céntimos

No dejen de adquirirlo

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA